

Bren. ¡Rodimiro!
 Rod. Habla.
 Bren. No puedo mas; ¡sí, yo te adoro!
 Rod. ¡Oh instante puro de placer supremo!
 ¿Me amas, Brenilda mía?
 Bren. Sí, te amo.
 ¿Cómo ocultar la llama en que me quemo,
 Cuando ves que estas lágrimas derramo
 Al estrecharte entre mis brazos? Mira,
 Tú eres solo la luz de mi existencia,
 El aire tú que el corazón respira,
 Tú vital parte de su propia esencia,
 Tú la felicidad por quien suspira.
 Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausencia,
 Mi anhelo amarte, mi temor perderte,
 Tu amor mi sér, tu desamor mi muerte.
 Rod. ¡Alma mía!
 Bren. Mis ojos no mentan
 Cuando tus bellos ojos acechaban
 Y tus tiernas miradas te volvían;
 Mas ¡ay de mí! los ojos nos perdían,
 Que otros ojos también velando estaban.
 Rod. ¿Qué importa, si á este punto nos
 trajeron?
 Bren. No, que un abismo á nuestros piés
 abrieron.
 Oye, Rodimiro, el rey Alboino
 Tal vez eterno manantial de pena...
 Rod. ¡Ese tirano vil...!
 Bren. La lengua enfrena,
 Porque á su voluntad me ató el destino.
 Rod. Todo lo puedo con tu amor ahora;
 Soldados tengo, esfuerzo generoso.
 ¿Quién no osa á todo por el bien que adora?
 Huyamos de ese tigre rencoroso.
 Bren. Rodimiro, jamás: juzgas en vano
 Que la razón en mi pierda su imperio.
 Rod. Condena nuestro amor.
 Bren. Sí.
 Rod. ¿Y su tirano
 Imperio no huirás?
 Bren. No... es un misterio...
 Rod. Sepa yo al menos su fatal arcano.
 Bren. Es inútil.
 Rod. ¿Porqué?
 Bren. Porque sería
 Convencerte no mas del muro inmenso
 Que nos divide.
 Rod. Sí, su tiranía
 Nada mas.
 Bren. Su poder.
 Rod. Que ignoras pienso
 Sus leyes.
 Bren. No.
 Rod. ¿Luego mi muerte sabes?
 Bren. ¡Cielos! ¡tu muerte!
 Rod. Con cruel sentencia

Me condenó á morir.
 Bren. ¿Mas por qué graves
 Delitos?
 Rod. Por tu amor.
 Bren. ¿Mas en presencia
 (Aparece Rosmunda por donde salió de
 la escena, y al verlos se detiene y es-
 cucha.)
 De quién? ¿quién, Rodimiro, lo ha escuchado?
 Rod. Yo mismo, yo, Brenilda.
 Bren. ¿Tú?
 Rod. Y Rosmunda.
 Bren. ¡Oh! ¡siempre esa muger! empon-
 zoñado
 Cuanto ella toca está... siempre fecunda
 En daños su alma vil, por donde quiera
 Que va derrama el mal.
 Rod. Hoy en mi suerte,
 Brenilda, es á la par mi compañera.
 Bren. ¡Ah! desconfía de ella, que á la
 muerte
 Te conduce: los zelos la devoran.
 Te ama.
 Rod. Y yo la detesto. Mas escucha,
 Salvar mi vida la interesa ahora;
 Sin mí es perdida, con mi fuerza lucha.
 Bren. ¿Lucha? y ¿con quién?
 Rod. Con Alboino.
 Bren. ¡Cielos,
 Una traicion!
 Rod. Una justicia.
 Bren. Espera:
 Explicamelo bien.
 Rod. Es larga historia.
 Yo debo aquí morir dentro de poco
 Quizás, pero mi fin comprarán caro.
 Bren. ¡Oh! no, ¡no por piedad! tu intento
 loco
 Desecha.
 Rod. Su sentencia en mi memoria
 Grabada está.
 Bren. Desistirá.
 Rod. No: avaro
 De mi sangre le he visto, y sus atroces
 Intentos comprendí... no le conoces.
 Bren. Mejor que tú... yo puedo darte am-
 Rod. ¿Tú? [paro.
 Bren. Yo. Si yo no cambio tu destino
 Nadie le cambiará: no hay en la tierra
 Mas que una sola voz que oiga Alboino
 Su alma, un afecto nada mas encierra.
 Solo hay una muger que su ira calma,
 Que en sus labios benéfica provoca
 Sonrisa de placer, y agota en su alma
 La fuente de furor: á esta le toca
 Valerte, y te valdrá.
 Rod. ¿Mas quién alcanza
 Tanto poder con él, así revoca

Sus leyes de esterminio y de venganza?
 Bren. Yo, Rodimiro.
 Rod. ¿Tú?
 Bren. Yo, que te adoro,
 Y en pago de mi prez y mi decoro,
 Que renuncié por él, y en honra suya,
 Le exigré, aunque sea en mi desdoro
 Por cuanto soy y fui la vida tuya;
 Sabrá que imposible es que en mí destruya
 El grande amor que para tí atesoro.
 Y esa muger por quien me holló Alboino...
 Ros. Héla aquí.
 Bren. ¡Siempre vos!
 Ros. Es tu destino.

ESCENA VIII.

BRENILDA, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Rod. ¡Rosmunda ya!
 Ros. ¡Silencio! miserable,
 Nos ibas á perder si no te tengo
 La lengua. Tú, despeja. (A Brenilda.)
 Bren. Reina...
 Ros. Al punto,
 ¡Rayo de Dios!
 Rod. ¡Rosmunda!
 Ros. ¡Rodimiro!
 Rod. Es nuestra salvacion.
 Ros. Lo necio admiro
 De tu fé: créela y eres difunto.
 Rod. ¡Cielo!
 Ros. ¿Ahí estás aun?
 Bren. Al rey espero.
 Ros. Su cámara real es tu retiro,
 Y allí cual sueles que le aguardes quiero,
 O aquí te cuesta el postrimer suspiro.
 Bren. ¡Vil muger!
 Ros. Obedéceme.
 Bren. Yo muero.

ESCENA IX.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Rod. Rosmunda, esa muger...
 Ros. Te aseñaba:
 ¿No oiste sus palabras?
 Rod. ¿Tú has oído...?
 Ros. Sí, todo desde allí, cuando llegaba
 Por dicha mia.
 Rod. Y bien, si has comprendido...
 Ros. Todo, sí; y mas que nunca decidida
 Camino, Rodimiro, á mi venganza,
 Con nuevo y doble afán embravecida.
 Rod. Mas me hizo concebir una esperanza
 Rosmunda.
 Ros. Ya lo sé: ¿mas no comprendes

Ese misterio tú? Puede salvarte.
 Rod. Me lo dijo.
 Ros. Mas ¿cómo? ¿aun no lo entiendes?
 ¡Fatal amor con que logré cegarte,
 Miserable de tí! De ese Alboino
 Una muger no mas puede arrancarte.
 Solo escucha su voz sobre la tierra;
 Y por él solo cambia tu destino,
 Nada mas que por él sus leyes huella
 Y de su furia el impetu revoca;
 Y ese afecto el suyo es.
 Rod. ¡Sella la boca!
 Ros. Sí, Rodimiro, y la muger es ella,
 Ella, á quien tú tu corazón destinás.
 Rod. ¡Basta, Rosmunda, basta! me
 asesinas.
 ¿Qué raza es esta de traidores? ¿Todos
 Son viles por igual? ¿Todos serenos
 Al crimen van por diferentes modos?
 ¡Oh! ¿qué me resta ya?
 Ros. Vengarte al menos.
 Rod. Mas no, tú mientes: inocente, pura,
 Calumniada por tí Brenilda ahora
 Fué torpemente.
 Ros. No.
 Rod. ¿Quién me asegura...?
 Ros. ¿No lo dijo ella misma?
 Rod. Tú, traidora,
 Lo interpretas así.
 Ros. ¿Y cómo interpreto
 Que en la cámara misma de Alboino
 Por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
 Es ese con que espera tu destino
 Cambiar? ¿Porqué con ella es piadoso
 Quien con todos es cruel y formidable?
 ¿Porqué de tu cariño tan zeloso
 Se muestra y te castiga inexorable?
 ¿No te ha dicho: « Aunque sea en mi des-
 doro
 Yo puedo exigir de él la vida tuya
 En pago de mi prez y mi decoro? »
 Nada mas claro contra tí que arguya.
 Rod. Sí, sí, lo veo bien: toda en mi
 mente
 La funesta verdad se patentiza,
 É impresa en mi memoria, horriblemente
 El pobre corazón me martiriza.
 Ros. Piénsalo, Rodimiro, y si camino
 Hay que esta idea en tu favor concluya,
 Fía en ellos, serás víctima suya;
 Yo no, que lucharé con mi destino.
 Rod. Yo también lucharé: no por la vida:
 ¿Qué me resta ya en ella? ¿qué esperanza
 Halagármela puede? ¡No se anida
 Ya en mí mas ambición que de venganza!
 Mi fé burlada, mi amistad vendida...
 La muerte el premio que mi gloria alcanza,

¡Y tan villana muerte...! ¡Esto me espera!
Venganza, pues; pero venganza fiera.

Ros. Muera Alboino.

Rod. ¡Morirá!

Ros. A mí entero

Vuelva otra vez el cetro de Comundo.

Rod. Volverá.

Ros. Te lo ofrezco.

Rod. No lo quiero.

Ros. Rey de Italia serás.

Rod. Ni rey del mundo

Sin ella quiero ser: todo lo pierdo

Con su amor.

Ros. ¿Qué harás, pues?

Rod. Volver á Hungría;

Mas vengado volver, y su recuerdo

Guardar eterno en la memoria mía.

Ros. Considéralo bien, que es grande el
precio,

Libertador de Italia, mi corona

Y mi amor reunir en tu persona.

Rod. Ya te he dicho una vez que los des-
precio.

Ros. A la venganza, pues.

Rod. Sí, mis soldados...

Ros. Franco para ellos ya tengo un pos-
tigo.

Rod. Ténlos, Rosmunda, cerca apostados,
Y á una voz mía mételes conmigo.

Ros. Asegúrate bien; la astucia emplea,
No arriesgues neciamente una pelea.

(Mientras dice Rosmunda este último verso
cierra la puerta de la izquierda, por la
que entró Brenilda. Rodimiro la pre-
gunta dudoso:)

Rod. ¿Qué haces?

Ros. ¡Si se presenta y nos delata!

Rod. Tienes razon.

Ros. (No quiero que la vea:
Todo podria revelársele.) Ea,

No hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.

Rod. Su sangre sobre mí.

Ros. Sobre tí sea.

(Rodimiro se sienta: Rosmunda al mar-
charse por la puerta de la derecha se
detiene en el dintel.)

Ros. (¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó
mi hora;

Hoy para todos por igual funesta

Mi venganza será. Ve, pues, ahora

Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.)

PARTE TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

RODIMIRO.

Rápido el tiempo corre: todo calla
En derredor de mí. Tras de esas puertas
Vela sin duda el capitán Bucilio,
Porque siento sus pasos detrás de ellas
Compasados sonar... ¡Cuánto esta calma
Sobre el inquieto corazón me pesa!
¡Cuánto esta soledad me martiriza
Con las memorias tristes que me acuerda!
Ayer guerrero triunfador partía
El poder con un rey... ¡hoy en su régia
Cámara misma con traición taimada
Sediento de mi sangre me encarcela!
Ayer en dulces y amorosos sueños
Embebecido mi dichosa estrella
Bendecía esperando; ¡hoy ni esperanza,
Ni gloria, ni poder, ni amor me resta!
Cuántos amé insensato, me han vendido:
Con quien he odiado mas me junta adversa
Mi menguada fortuna... ¡oh, sí! aborrezco
Con toda el alma á esa muger. Quisiera
No haberla visto nunca... es un fantasma
Que va siguiendo por dó quier mis huellas,
Y cuyo álito impuro en mi alma infunde
Un vértigo infernal que me marea.
¿Y me ama? ¡infando amor! partir me
ofrece

Conmigo el trono... ¡Abominable oferta,
Que me abrasa en furor, y en las entrañas
Toda mi sangre paraliza y hiela!
¿Yo á la par de tal monstruo? Nunca, nunca:
Mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera
La venganza también... ambos de un crimen
Nos vamos á lanzar sobre la senda.
¿Y á mí de qué me vale una venganza
Que ni dicha ni amor me recupera?
¡Oh, no! de calma el compasivo cielo
Estos instantes por mi bien me deja
Para mejor pensarlo... un alma noble
Cuanto olvida mejor, mejor se vengá.
No mas sangre, no mas... renuncio á todo.
Dice que tiene franca una poterna
Por dó salir de esta mansion horrible,
Y que la guardan mis lombardos... Ea,
Voy á dejar la Italia en medio de ellos;
Voy esta raza á abandonar de hienas.
Alboino, traidor, yo te perdono.
Yo te desprecio al par, ¡Brenilda pérfida,
A Dios! En mí desde hoy vuestra memoria
Sombra es no mas de pesadilla horrenda.
Mas esta puerta se resiste... ¡Cielos!

¡Rosmunda! no responde... ¡oh qué sos-
pecha!

Rosmunda... El eco solamente herido

Por la bóveda cóncava resuena.

Rosmunda... ¡oh! la traidora me ha vendido

Para dejarme de Alboino presa

En su lugar... Si por allí lograra...

Miserable de mí, que fié en ella

Y la dejé salir.

Alb., dentro. ¡Bucilio!

Rod. Es tarde

Ya. Alboino está aquí. Su voz es esa.

ESCENA II.

ALBOINO, RODIMIRO, BUCILIO.

Alb. ¿Dónde está, dónde?

Buc. ¿Quién?

Alb. A mi coraje

Poca es su sangre toda.

Buc. Tu ira enfrena,

Señor.

Alb. Bucilio, aparta, ó con las tuyas

Caerá á la par tu criminal cabeza.

¿Qué has hecho, miserable?

Buc. A esos dinteles

Incesante velar.

Alb. ¡Maldito seas!

Te han burlado.

Buc. Alboino...

Alb. ¿Quién ha abierto

Las puertas de mi alcázar á la reina?

Buc. No hay mas que esa, señor, que de

tus cámaras

Salga, y no me aparté ni un punto de ella.

Alb. Pasaron sobre tí.

Buc. Sobre mi vida

Pasaran antes, ó á mis piés cayeran.

Alb. Pues pasaron, Bucilio, porque ahora

Rosmunda á los lombardos me subleva,

Y enfrente de las torres de Verona

Las águilas de Roma se presentan.

Sí, sí, perdidos somos: entre tanto

Que el enemigo en la ciudad nos cerca,

Las tropas que acaudilla Rodimiro

Dentro nos mueven infernal contienda.

Y toda su legión en voces altas

Ahora á su capitán pidiendo queda

Por las plazas y calles, y Rosmunda

Les encamina aquí... ¡La ira me ciega!

¿Qué has hecho, pues, de ese hombre?

¡desdichado!

¿Dónde está ese traidor?

Rod. En tu presencia.

Alb. ¡Oh, al fin das en mis manos! Vé,

Bucilio,

Pronto, mete en palacio toda entera

Mi húngara guardia, y si se pierde todo
Haremos de mi alcázar fortaleza,
Y á lo menos debajo de sus ruinas
Nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III.

RODIMIRO, ALBOINO.

Alb. Y oye tú; los romanos se preparan
A saltar la ciudad: fácil defensa
Tiene aún si recoges á los tuyos
Y á la batalla los conduces: ea,
Elige, pues, ó nos batimos ambos
Por ambos como siempre, ó de las rejas
De mis ventanas te suspendo, al punto
Que tus lombardos á buscarte vengán.

Rod. ¿Me amenazas á un tiempo y me
suplicas?

Alb. Súplicas ó amenazas, como quieras;
Pero responde pronto, porque siento
Menguar rápidamente mi paciencia.

Rod. Y también tu fortuna.

Alb. ¡Rodimiro!

Rod. Alboino, tus ímpetus modera:

La fortuna es voluble para todos,

Y hoy la fortuna para tí se trueca:

Por dó quier de enemigos circundado

Debajo de tus piés se abre la tierra.

Alb. No me hundiré yo solo, Rodimiro,

Por la ancha sima ante mis piés abierta:

Yo me desplomaré, mas como un monte

Que arrebatá en pos suyo cuanto encuentra.

Puedo caer, mas como cae el rayo

Que humo detrás de sí tan solo deja.

Rod. Como una chispa que al brotar es

pira

Al estrellarse el rayo en la alta peña;

Cual carcomido tronco que arrebatá

Torrente asolador que el bosque anega;

Cual vieja torre que en cenizas torna

El incendio voraz que la rodea.

Porque ya nada tienes, Alboino;

La muerte en torno por dó quier te acecha,

En las lanzas aquí de mis lombardos,

Y en las romanas lanzas allá fuera.

Alb. Mientes si juzgas que la muerte es

cosa

Que el alma de un rey húngaro amedrenta,

Que no es la muerte pavorosa imagen

Para el valiente acostumbrado á verla,

Ni es gran golpe caer en una tumba

De enemigos cadáveres repleta.

Pero estamos aquí perdiendo el tiempo

Cual mugeres imbéciles que llenan

De alaridos estúpidos el aire

En tanto que el peligro se acrecienta.

De una vez concluyamos, Rodimiro;

Unidas hasta aquí las armas nuestras
Solo tenemos una causa, como
Hemos tenido siempre una bandera.
Enemiga de entrambos igualmente
Roma á la par contra los dos se apresta;
Si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
Nos asesina una venganza necia.
Yo te ofendí, es verdad : tú me aborreces :
Nuestras almas tal vez están sedientas
De nuestra sangre al par; mas todavía
Bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; depongamos
Nuestras iras un punto; y con fiereza
Demostramos sobre el romano ambos unidos
Sin partir la fortuna ni la fuerza.
Venzamos hoy como vencimos siempre,
Y mañana, si aun cólera nos queda,
Caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
Mas sin dejar á Roma que nos venza.

Rod. Noble he nacido y generoso, y grande
Animo el noble corazon me alienta,
Y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
En penosa ocasion y en causa buena.
Mas há muy poco de tu misma boca
Mi destino escuché, y aun me resuenan
Dentro de los oídos tus palabras,
Dentro del corazon tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
Hoy abatimos las romanas tiendas,
Y mañana, traidor, á tus verdugos
Con victoriosa enemistad me entregas.

Alb. Pues bien, pactemos cual contrarios.
Rod. Habla.
Alb. Yo de seguridad te daré prenda.
Rod. No la hay entre los dos.
Alb. Tú la has hallado :
Con ella puede hacerse duradera
La paz entre nosotros; con Brenilda
Puedo tus sienas coronar.

Rod. ¿Y es esa
De nuestra paz la oliva? ¿es ese el precio
A que te he de salvar? Tamaña afrenta,
En lugar de extinguir mi sed de sangre,
Me la dobla, doblándome la ofensa.

Alb. ¡Rodimiro!
Rod. Pues qué, ¿piensas que ignora
Que un afecto no mas hay que enterezca
Tu fiero corazon, que hay, Alboino,
Una muger no mas sobre la tierra
Por quien vaga en tus labios la sonrisa,
Que en tu alma del furor la fuente seca,
Y que tus leyes bárbaras revoca...
Y esa muger, rey Alboino, es ella?

Alb. ¡Cielos! ¿y quién del libro de mi
pecho
Te ha mostrado esa página secreta?

Rod. Otro labio real.
Alb. ¡El de Rosmunda!

Rod. El de Rosmunda, sí.
Alb. Pues bien; si entera
La historia sabes, con razon mas solida
La paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.

Rod. ¡Semejante baldon! Tirano imbécil,
Si las infames manos tienes hechas
A que los perros de tu esclava Italia
Se arrodiven humildes á lamértelas,
No esperes, no, que los lombardos tigres
A recoger tus desperdicios vengan.
Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos
Pura, lejana y rutilante estrella :
Mas digna de anhelarse su belleza,
Mas hoy que como tuya la conozco,
Mi amante corazon cambia para ella,
Y si odio engendró en él tu negativa,
Desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

Alb. ¿Qué es lo que dices, insensato?
Rod. Digo,
Que á quién tú se la das te la desprecia;
Que no hay entre los dos desde este punto
Ni lazos, ni amistad, ni fé, ni treguas.

Alb. ¡Basta, rayos del cielo! tú lo dices,
No hay treguas, ni amistad; tu infame lengua
En la mitad del corazon me ha herido
Con el desprecio de Brenilda, y esta
Es una injuria que jamás sabria
Mi rabia perdonar... ¡Oh! ¿y ofrecértola
Pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
Las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodillate, esclavo : de rodillas
Debes oír su nombre : el labio en tierra
Le debes pronunciar, el polvo solo
Para besar en que sus piés asienta :
Tienes razon, no hay paz entre nosotros,
Ni treguas, ni amistad : y en las estremas
Horas que á un tiempo de peligros tantos
Circundan y amenazan mi existencia,
No por mi salvacion te envía el cielo,
Sino porque de ti vengado muera.
¡Oh! y morirás : el término aplazado
De mi aliento vital siento que llega,
Porque veo que el mundo se desploma
Sobre mí; pero ve lo que te resta :
Este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
Yo le defenderé mientras que tenga
Solo un soplo de vida : hasta esta hora
Tú conmigo estarás, y cuando sienta
Que el alma me abandona, haré implacable
Arrancarte la tuya en mi presencia.

Rod. Yo la daré tranquilo, porque nada
Mi ánima ya del universo espera,
Y porque si tú vences, todavía
Para vengarme á mi Rosmunda queda.

Alb. ¿Rosmunda? Desvarias con el miedo.

Si ella con tus lombardos se presenta
Delante del palacio, á sus balcones
Haré colgar tu livida cabeza;
Y tus mismos lombardos al mirarla
Antes que en mí te vengarán en ella.

Rod. No; la sombra insepulta de Comundo
Con ella va y en su favor pelea.
Alb. ¿Qué estás diciendo?
Rod. Que el misterio sabe
Que en esa copa tu furor encierra,
Y que esta noche cerrará Rosmunda
Del padre rey la profanada huesa.

Alb. ¿Tú se lo descubriste?
Rod. La he pagado
Secreto con secreto, deber era.
No hay esperanza; contra tí, Alboino,
Hasta los muertos sus sepulcros dejan;
Y no reposarán en sus sepulcros
Hasta que al tuyo descender te vean.

Alb. Tantos descenderán de mí delante
Que les haré tal vez perder la cuenta,
Y te juro que no has de ser el último
De mi mortuoria comitiva.

Rod. Llega,
Todavía en mi brazo está mi espada,
Y en tanto, rey, que levantarla pueda
Ni moriré como cobarde esclavo,
Ni seguro estarás delante de ella.

Alb. Y hombre soy yo que obligará á tu
espada
Con el brazo á caer que la sostenga,
Si antes que de la vaina la desnudes
Aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio.

ESCENA IV.

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA.

Ros. ¿Qué quereis?
Rod. ¡Rosmunda!
Alb. ¡Oh! ¡me los junta mi feliz estrella!
Bucilio, pronto á mí.
Ros. No será fácil
Que ya á tu voz á presentarse vuelva.
Alb. ¿Porqué?
Ros. Porque está lejos. Alboino,
Tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.
(Abre las puertas del fondo, y ve una
guardia romana y á Bucilio tendido á
un lado.)
Alb. ¡Traicion tamaña!
Ros. Es obra mia.
Yo metí con silencio y con destreza
En tu palacio á los lombardos antes
Que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos

Al caro precio de tu sangre régia.
¡Ea, pues, á morir como quien eres
Disponte ya! tu comitiva es esa.
Esos romanos que Longino envia
Para llevarle la ofrecida prenda,
Tu tronco real conducirán al campo
Y ante el emperador tu real cabeza.

Alb. El coraje me ahoga.
Ros. Ahora, Alboino,
Si es que en señal de despedida eterna
Quieres vaciar el postrimero vaso,
Tu copa de máfil te daré atenta,
Diciéndote á mi vez : « Bebe, Alboino,
Que con mi padre bebas; » mas contempla
Que si me has dado en muchas tu veaganza
Yo te he dado la muerte en la primera.

Alb. ¡Oh, te sabes vengar!
Ros. Tú me enseñaeste :
Y lo bien que aprendí para que veas,
Sabe que el cetro de Comundo vuelve
A mi mano otra vez, é Italia entera
Amparada mirándome de Roma,
Me aclama al par libertadora y reina.

Alb. ¡Tú amparada por Roma!
Ros. Sí, Alboino,
Y en tu lugar sobre tu solio puesta.
Alb. Ahora comprendo el bárbaro des-
precio
Con que á Brenilda ajó... ¡reinar esperas
Con Rosmunda también!

Rod. Tente, Alboino;
Yo no tengo cual tú sangre de fiera,
Y ni lecho, ni trono, ni sepulcro
Sabria nunca dividir con ella.

Ros. Mas partirás con él mi cruel ven-
ganza,
Que sabré sobre tí lograr entera.
Alb. ¡Oh, respiro...! Os odiais; gracias,
¡oh Averno!
Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga :
Todo por él lo has hecho, pero todo,
Porque viene de tí, te lo desprecia.

Ros. Pues mas caro que tú mis iras pagas
Va á pagar el desprecio que me muestra :
Y siento por quien soy que mi venganza
Ver, Alboino, hasta su fin no puedas :
Porque tal es, que la creyeras tuya
Viéndola tan medida y tan completa.

Alb. También la mia lo es, puesto que os
dejo
Aborreciéndos siempre, y me consuela
Morir sabiendo que en ausencia mia
Vivireis en discordia sempiterna.

Ros. ¡Oh! te lo creo; mas te aguardan
parte :
Rey Alboino, mi justicia es recta.
Tu sepulcro está allí, mas no vacío;
La sombra de mi padre en él te espera.

Alb. Yo al lado suyo dormiré tranquilo,
Y en su tumba entraré con faz serena,
Porque no piense que al morir su espíritu
El corazón con que le odié amedrenta.
Goza, pues, de tu suerte y tu venganza
Como gozarla supe yo: y no temas
De mis labios oír súplica inútil
En favor de otra víctima que deja
Mi torpe imprevisión entre tus manos,
Y á quien no salvará ni su inocencia.
Y no quiero gastar mi aliento en balde,
Y desmentir la heroica grandeza
Con que debe arrostrar esta venganza
Quien de esa copa se sirvió en la mesa.
Sí, yo sabré morir como he vivido,
Mi suerte afrontaré tal como sea,
Y espirará Alboino sin que exhale
Un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.

Ros. Vé, pues; sabéis mis órdenes; cumplidas.

Rod. Venganza es harto justa, pero horrenda

Tu venganza es también.

ESCENA V.

ROSMUNDA, RODIMIRO.

Ros. Deten la planta;
Cumplir me resta la mitad segunda:
De Comundo vengué la causa santa,
Mas falta aun la causa de Rosmunda.

Rod. Vengala tú: yo parto en el momento
De Italia para siempre, que me aterra
Que á la par nos cobije el firmamento
Y al par nos sufra sobre sí la tierra.

Ros. ¿Tanto, pues, me aborreces?

Rod. Cuanto cabe
En ofendido corazón humano,
Cuanto tu mente concebir no sabe
Y mi lengua explicar querría en vano.
Y á mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
Me espanta aun á través de esa corona
Que te ciñe la sien de pedrería,
Mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos
Por quien barones mil tal vez deliran,
Corazones rindiendo á sus antojos,
Dan al mío pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
Que hace admirar tu forma majestuosa
No sé qué tiene para mí de oscura
Que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un dios, o un mal espíritu en tu pecho
Encendió una pasión que te esclaviza,
Y no puedo vivir bajo de un techo

Que cubre esa pasión que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
Por los de otra muger... ¡muger perjura!
Mas si amé á otra muger que imagen pura
De los cielos creí, cuando reflejo
La concebí de tu maldad impura
La odié también, y de las dos me alejo
Despechado á llorar mi desventura.
A Dios, pues: ¡oh Rosmunda! ya vengada
Quedas y reina; y al romano unida
Los lombardos de tí no esperan nada,
Ni quieren de tu tierra ensangrentada
Mas que el sol que señala su partida.
A Dios.

Ros. Espera.

Rod. ¿Qué?

Ros. Pues te he escuchado
Esa que acabas relación funesta,
Justo es que de mi labio apasionado
Escuches tú también una respuesta.
Tus bárbaras palabras una á una
Aquí, en mi corazón cayendo han ido,
Ahogando en él sin compasión alguna
Cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo: es, pues, forzoso
Que el mío te abra yo, y de cerca al verle
Penetres en su centro misterioso
Y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
De sí apartó cuanto mi amor te daba,
Y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por tí ultrajado, y de tu amor testigo,
Cambióse al fin mi corazón contigo.
Oye, pues; la pasión que te horroriza
No existe ya en Rosmunda: el odio insano
Que implacable hacía mí te fanatiza
Reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
Soy la Rosmunda que ultrajada y fiera
Del inmenso furor que en sí atesora,
Viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda solo sabe, Rodimiro,
O amar ó aborrecer, mas nunca olvida:
Ama de amor hasta exhalar su vida,
Y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza
Mi amor concluye, y mi venganza empieza.
¡Oh! y aun no afrontes con mí faz sombría
Tu desdenoso continente fiero,
Y escucha con paciencia todavía,
Pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
¿Mas cómo?

Rod. En paz con Roma, estorbos vanos
Me opondrás á que parta con mi gente.

Ros. ¿Les quitarán los hierros de las
manos?

Rod. ¿Qué es lo que dices?

Ros. Tu legión valiente
Dejé esclava también de los romanos.

Rod. ¡Miserable de mí!

Ros. Ya te lo dije,
Solo sé amar ó aborrecer; si necio
Mi odio fatal tu corazón elige,
Mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge; aun puedes: mi piedad es tanta:
Con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

Rod. El cielo mismo junto á tí me espanta:
No, antes morir que respirar contigo.

Ros. Está bien, morirás: mas antes quiero
A esa que tanto amaste en algún día
Que des al menos el á Dios postrero.

Rod. No, no la quiero ver.

Ros. ¡Oh, es cosa mía!

Rod. ¡Ah! me hiela de horror tu aspecto
fiero.

Ros. Así el desprecio de mi amor se expía
Y el caliz del rencor se apura entero.

(Va á la puerta de la izquierda, y abriendo llama á Brenilda en alta voz.)

¿Brenilda?

Rod. ¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
De horrible aquí!

Ros. Quimérico recelo.

¿Brenilda?

Rod. ¡Oh! ¡no la llares!

ESCENA ULTIMA.

ROSMUNDA, RODIMIRO, BRENILDA.

(Brenilda al salir se detiene á la puerta,
junto á la cual está Rosmunda cruzada
de brazos, sombría é inmóvil. Rodimiro
permanece en el centro de la escena sin
mirar á Brenilda.)

Bren. al salir, deteniéndose. ¡Santo cielo,
Aquí aun...! ¿A qué lúgubre destino
Vuestra calma fatal sirve de velo?

¡Oh! hablad por compasión... ¿Qué es de
Alboino?

Ros. á Rodimiro. Su primera palabra.

Bren. Habla; ¿qué es esto,

Rodimiro? ¿qué es de él?

Rod. ¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! yo te detesto!

Ros. á Brenilda. Ya lo oyes.

Bren. ¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!
Mas no hablo ahora de mi amor... mi oído
Percibió aquí su voz... confuso estruendo
De gentes escuché... ¿dó está? ¿qué ha sido
De Alboino? Acabad.

Ros. á Rodimiro. Ya la estás viendo.

Bren. ¡Oh, acabad de una vez! Hablad,
señora,

Vos que sabéis cuánto le amé... de hinojos
Os lo ruego á los dos.

Ros. Sea en buen hora.

Bren. ¿Dónde está? ¿dónde?

Ros. (Abriendo la puerta del fondo, por
delante de la cual se ve pasar el
cáddver de Alboino, llevado en
hombros de los romanos.)

Aquí; vuelve los ojos.

Bren. ¡Padre mío!

Rod. horrorizado. ¡Ah! ¿Su padre...?

Ros. Es Alboino;

Y tú, que á mi furor le has entregado
Dentro de este aposento, su asesino.

Rod. Miente, Brenilda, miente: ¡oh!
nunca creas

Que en su sangre real teñí mis manos.

Bren. Apártate de mí... ¡oh! ¡maldito
seas!

Rod. ¡Ah! entiendo toda tu maldad.

(A Rosmunda, dirigiéndose á ella en
actitud amenazadora.)

Ros. Romanos,
Vuestro esclavo tomad.

(Los romanos le sujetan.)

Rod. ¡Yo esclavo!

Ros. Ahora

Mide hasta dónde mi rencor alcanza.

Rod. ¡Toda su sangre sobre tí, traidora!

Ros. Toda la necesita mi venganza

Gota á gota sorber Vé, pues, implora

Al cielo si en él crees; y cuando presta

Tu alma á partir del corazón se exhale,

Dile á ese corazón que me detesta

Lo que el cariño de Rosmunda vale,

Lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.